

Las espinacas viajeras

Isabel Munuera Echave

Las protagonistas principales de este cuento son unas maravillosas espinacas que, por azares del destino, estuvieron a punto de secarse, olvidadas en el huerto que las vio brotar y crecer; o pudrirse sobre una mesa de cocina, en un frío frigorífico o, aún peor, en un cubo de basura.

Todo ocurrió en 24 horas. Y todo lo originó el divorcio de Manuel y Laura. Ellos, el uno para el otro, habían sido pareja única y estable de por vida desde los quince años... hasta que llegó la crisis de los cuarenta.

Entonces, ella va y se engancha con uno del trabajo vía correo electrónico y queda atrapada en los brazos de una pasión desenfrenada que le hace tirar toda su historia anterior por la borda.

Manuel había fundamentado la vida en su pareja. Y le había fallado ese pilar que un mes atrás le parecía tan sólido, tan seguro. ¿Dónde se apoyaría ahora? A Manuel se le rompió el corazón y se le envejeció el alma. Era lógico, era de esperar. Ahora era él quien necesitaba que le empujaran hacia arriba. Había manifestado muchas veces íntima y públicamente que prefería tirar del carro antes de que tuvieran que tirar de él. Pero ahora se encontraba roto, matadas sus esperanzas, sus ilusiones. ¿Se había equivocado? ¿Había sido un absurdo idealista? ¿Había sido un inmaduro, con su espíritu de quinceañero dentro de un cuerpo de adulto? ¿Le había mimado tanto la vida que no había crecido hasta ahora, dándose cuenta de repente que la realidad era otra? Él no quería cambiar, no quería perder la confianza, la ingenuidad, la inocencia.

A Manuel le hubiese gustado que todo esto fuese un mal sueño, que fueran de repente felices como creía que algún día lo fueron. Todavía recordaba muchos momentos con cariño, con añoranza. Estaba tan sorprendido, tan confundido... Pero muchas veces no sabemos cómo son las cosas, sólo las interpretamos.

El aspecto de aquella casa, que había sido construida con tanto esfuerzo, con tanto celo, con tanto amor, para compartir una vida de familia, era devastador después del reparto de la mayoría de los enseres domésticos. Toda esa basurilla escondida en los rincones de una casa llena, aparecía ahora desparramada por el suelo, junto con objetos inútiles, algunas prendas de ropa vieja en desuso, el libro que se tiene hasta el último momento entre manos... Desorden que ya no se sabe resolver. Apenas quedaban chismes por mudar, por repartir, a excepción de los electrodomésticos, esas pertenencias frías, blancas, donde cocinamos, enfriamos, congelamos, asamos, lavamos y tostamos la cotidianidad del día a día. Y una mesa de cocina, de esas de toda la vida, de estructura de madera y cubierta de mármol blanco.

Desmantelamiento generalizado. En esa desolación se encontraba Manuel aquella mañana soleada de sábado del mes de febrero, cuando oyó el timbre.

- ¿Qué pasa Manuel? ¿Te puedo echar una mano? - le pregunta Javier, con esa voz entusiasta que le caracteriza y que levanta el ánimo de cualquiera.- ¡Venga hombre! Verás la de sorpresas buenas que te va a traer la vida. Seguro que dentro de poco te alegras y te ríes de todo esto. Vente a casa, te invito a un té.

Entonces Manuel va a la cocina a recoger unos canutillos de crema, azúcar y canela y unos pestiños para acompañar el té que le brinda Javier. Le vendrá bien reponer fuerzas y echar un ratito de cháchara.

En ese corto trayecto que recorre desde la puerta de la casa a la cocina va dándole vueltas a su cabeza: Tal vez tenga razón su gran amigo y consejero Javier cuando le dice que “p’alante, que p’atras se sale...” Lo importante es vivir. Quizá lo mejor sea plantearse su ruptura con ese pasado que un día le pareció firme e imperecedero. Habría que considerar esta nueva etapa como una oportunidad de cambio. Ya había probado la estabilidad, la falsa seguridad, los fracasados planes de futuro. En esos pensamientos está cuando repara en el único mobiliario sin enchufe que queda en la cocina, aquella mesa de mármol blanco encima de la cual hay unos buenos manojos de espinacas verdes que acaba de recoger de su huerto. Preparar la tierra, sembrar, regar, cuidar, cosechar, cocinar... Ya no tiene sentido nada. ¿O sí? Por un momento piensa en deshacerse de ellas. Como le da pena tirarlas -¡pobres espinacas, qué destino más cruel, el cubo de la basura!-, decide regalárselas a Javier.

Y así, las espinacas viajan y se trasladan a otra cocina, la de Elena y Javier, vecinos, amigos y confidentes de su divorcio.

Pero Javier tiene predisposición a la formación de cálculos renales y tiene prohibido el consumo de espinacas. Y Elena pasa de prepararlas.

- Javier, ¿qué hacemos con esto? A ver si un día las cocino pero ¿para mí sola?- pregunta Elena.

- Bueno, de momento vamos a meterlas en el frigorífico y veremos lo que hacemos con ellas- le contesta Javier.

Y los dos miran a las espinacas. Tan bonitas, tan tersas, tan tiernas, tan sanas... se merecen una oportunidad.

Entonces, antes de que dé tiempo de organizar semejante volumen de hojas frescas dentro de la nevera, ocurre otro evento crucial para las espinacas: la irrupción de Gloria en casa de Elena y Javier.

Y Elena le propone a Gloria:

- ¿Tienes tiempo para tomar un té? Está Manuel con nosotros y ha traído unos pastelitos que tienen una pinta... Oye, por cierto, ven a la cocina, que tengo unas espinacas recién recolectadas del huerto de Manuel ¿las quieres?

A Gloria le gusta mucho la cocina, es su pasión. De hecho trabaja en un bar de solera, en el que hace felices los paladares de los comensales que deleitan sus maravillosas “fórmulas magistrales”, sentados en torno a sus acogedoras mesas o apoyados en su apretada barra.

Gloria no lo duda y las acepta, y así las espinacas, protagonistas de este relato, viajan a otro hogar, acompañadas por todos los demás personajes de esta historia.

Tras un corto recorrido en coche de unos cuantos kilómetros de carretera y quinientos metros de carril de albero, abren una cancela de color añil.

Ya van a adentrarse en la parcela de campo donde vive Gloria, ese cachito de planeta donde reina la armonía y el sosiego.

Allí están todos: Manuel, mucho más animado que unas horas antes, sacado de ese escenario hoy tan hostil y que ayer fue su casa. Le ha cambiado el rictus. Sonríe. El sol le penetra y le limpia su alma enmohecida. Elena y Javier, dicharacheros, saludan a los cuatro perros de Gloria. Hay una algarabía de rabos moviéndose en ángulos de ciento ochenta grados o más, como muestra de alegría, dando la bienvenida.

Gloria duda si abrir primero la puerta de la vivienda o si coger antes que nada las espinacas. Y sin pensarlo, como son mucha cantidad, decide repartir los manojos, de manera que entran los cuatro amigos abrazados al verdor de las hojas frescas.

Ya en la cocina, Gloria se mete en faena. Lo primero, se coloca un delantal y se dispone a cocinar las espinacas. Para ello, las cuece en caldo de puchero. Les prepara y añade un majado de pan blanco rehogado con ajos en aceite de oliva, sal, especias diversas y un chorreoncito de vinagre de Jerez. Les echa garbanzos tiernos. Las engalana con rebanadas de pan frito. Mientras tanto, los demás se entretienen descorchando una botella de buen vino, preparando otros platos, un postre, poniendo la mesa...

La exquisita cazuela de espinacas con garbanzos no está sola en la mesa. Le acompaña otra de bacalao fresco guisado que reposa en un dorado y caliente lecho de cebolla y pimiento rojo.

Las espinacas viajeras van a ser por fin consumidas y hasta Javier, que las tiene prohibidas, las probará.

En el interior de las copas se desliza el vino, que después de airearse un poco y brindar con alegría, irrumpe con sus aromas por los gañotes, despacio, a pequeños sorbos, entre bocados, anécdotas, chistes, inquietudes, consejos, risas, planes y otras historias.

Manuel de pronto comprende que en esta vida hay cosas que son de verdad. Y el amor de sus amigos se revela como la mejor medicina para curarse el corazón.

Y recita:

- Como decía el poeta griego Homero, ya antes de Cristo: “Mientras esté en mi sano juicio, para mí no hay nada comparable a un buen amigo”.

- Y no olvides lo que dijo Cervantes “Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades” – le contesta Gloria.

- Pues ahora vas a probar un dulce y sano punto final a esta exquisita comida.

Manuel les presenta una fuente de barro que contiene una deliciosa macedonia de frutas del tiempo regada con un almíbar ligero perfumado con ramas de canela y pequeñas tiras de corteza de naranja, que ha preparado de postre. La saborean entre risas.

Y después de una magnífica sobremesa al sol de finales de invierno, el último viaje de las espinacas, el gastrointestinal, revierte efectos beneficiosos sobre los comensales. Y cuando Manuel las elimina de su cuerpo, por efecto tal vez de la fibra, arrastran los escasos rencores que quedan en su corazón y constituye el comienzo de una nueva etapa, que le induce a organizar con sus amigos un viaje aventurero, donde lo de menos es el destino. Lo más importante es que la mochila vaya cargada de vida e ilusión, llevando dentro de sí el espíritu de las espinacas viajeras.
